

UNO

Pasaban unos minutos de las dos de la tarde de aquel sábado de marzo de 1947 cuando sonó el teléfono en la sala de mi hotel. El afectado deje de tipo duro de Bill Tomson era inconfundible. «Hola, muñeca, ¿te importa si subo un momento?». Dudé; Bill se estaba convirtiendo en un pesado. Aparecía por el campus casi a diario y sus visitas sin previo aviso se me hacían cada vez más tediosas. Había seguido tratándole por curiosidad, pero hasta entonces no había encontrado ningún tema del que hablara en serio. Limitaba sus conversaciones a lo que él creía que me impresionaría: réplicas inteligentes, bravuconadas e historias de proezas extraordinarias, bien propias o bien de uno de sus amigos, un tal Neal Cassady. Neal era un héroe, como Otelo, al que había que cantarle sus alabanzas, y Bill desempeñaba el papel de discípulo entregado. Me contaba arriesgadas aventuras en coches, roces con la autoridad, profundos safaris intelectuales y musicales.

Criada para temer y reverenciar los códigos sociales dominantes en los años treinta y habiendo llevado una existencia protegida y llena de restricciones, me impresionaba oír a Bill hablar de dos hombres que osaban vivir como los personajes de mis libros y películas, si, claro está, Bill no exageraba. En cualquier caso, la vida que él describía me resultaba remota y poco amenazante; no iba a enamorarme de Bill y me dijo que Neal estaba en Nueva York, estudiando en la Universidad de Columbia con dos amigos, Jack Kerouac y Allen Ginsberg, uno un famoso futbolista y el otro, poeta.

Bill tenía cierto parecido con alguna estrella de cine cuyo nombre hacía tiempo que había olvidado, y esa tarde podía imaginármelo apoyado en la barra del vestíbulo de un hotel, un whisky en una mano mientras la otra retorció el cable del teléfono, un cigarrillo

CAROLYN CASSADY

colgándole de los labios le obligaba a guiñar un ojo debido al humo, y también el otro, porque no lograba retirarse de la cara las guedejas de su cabello grueso y oscuro, sacudía la cabeza tantas veces como fuera necesario.

Tras un largo silencio respondí: «Vale, Bill, pero sólo un momento; tengo mucho trabajo». Cuando abrí la puerta, descubrí que no venía solo. Había otro hombre detrás de él, que entró en la habitación pasándome de largo, catalogando su contenido antes de girarse para atender la presentación de Bill.

—Cari, éste es Neal Cassady.

Sólo fui capaz de mirarlo, trastornada al ver el mito materializado. Neal asintió y, en ese instante, el recorrido de sus ojos azules me hizo sentir que me habían hecho una evaluación exhaustiva. Maldije a Bill por no haberme advertido.

La publicidad por adelantado sobre este hombre ya lo había convertido en único, pero no estaba preparada para su aspecto: no tanto sus atributos físicos, que eran bastante normales, sino su indumentaria. Aunque no era auténtico estilo años 40, tenía ese aura, y lo más cerca que había estado de uno así era en las películas de gánsters. Le daba un aire Damon Ruyon, un peligroso *glamour* realizado por una camiseta blanca y un musculoso cuello desnudo.

Neal atravesó la habitación al ver un fonógrafo y una pila de LPs bajo la ventana. Se giró hacia mí, que seguía como una estatua junto a la puerta.

—Me dijo Bill que tienes una colección de Lester Young fuera de lo normal.

Desconcertada, balbuceé:

—¿Quién? ¿Lester qué? Yo... eh... no... fuera de lo normal, sí; me temo que no lo conozco: lo único que tengo son restos de las bandas universitarias, casi todas de swing. —Lancé a Bill una mirada furiosa por hacerme pasar este mal trago. Neal también miró a Bill con perplejidad. Después sonrió, se sentó en mi mecedora y empezó a repasar los álbumes.

—Da igual. A ver qué tenemos aquí. Ah sí, ya veo, Artie Shaw, bien, los Dorseys, Benny Goodman, genial, Harry James, Nat King Cole,

Stan Kenton, el Duque: mucho Ellington. Ah, ¿y esto qué es? –Sacó una caja de discos de Josh White.

–Eso es Southern Exposure. Es lo más radical que tuvimos en la universidad. Josh nos impresionaba con sus canciones protesta sobre los negros y sus infraviviendas, los trenes de Jim Crow, etc. En el sur está prohibido, por lo que sé. Cuando viví en Nueva York traté a Josh un poco: me senté en la mesa de un club y lo dibujé mientras tocaba. Me di cuenta de que el truco funcionaba, si querías conocer a un artista. Pero me sorprendió y desilusionó cuando supe que no quería hablar de los temas de sus obras. Tal vez sea lo mejor, la verdad. Puede resultar un tanto violento.

Sabía que estaba parlotando pero Neal permanecía sentado, transfigurado, y emitía una empatía y una dignidad que me hicieron sentir especial, como si cada una de mis palabras fuera una joya. Bajo su encanto sutil sentí una energía firme, controlada y restringida, igual que un arco tensado.

Me callé, sonrojada, bajé la mirada y él sonrió incluso más abiertamente.

–Fascinante. ¿Puedo poner algo? –Colocaba las cejas hacia arriba y hacia dentro siempre que hacía una pregunta.

–Por supuesto, por favor.

Mientras colocaba cuidadosamente un disco sobre el plato, me agaché a recoger piezas de la maqueta de la escenografía con las que estaba trabajando. Bill dejó de pasear arriba y abajo y se sentó en la silla frente a Neal. El *Sophisticated Lady* de Ellington llenó la habitación y nadie habló. Levanté la mirada hacia Neal e inmediatamente la bajé. Mientras se balanceaba, fijó sus ojos en mí con tal intensidad que sentí una punzada. Estoy segura de que se percató de mi incomodidad, pero yo también sentía esos ojos como láseres, fijos hasta que terminó el disco. Cuando se movió para quitarlo, su comportamiento se relajó. Yo me levanté y me puse a fingir que ordenaba la habitación.

Otros intentos de conversación resultaron violentos, en gran parte debido a, supuse, las ideas falsas que Bill le había dado a Neal sobre mí. No sabía cómo me había descrito, excepto probablemente como

CAROLYN CASSADY

«mi chica», pero por las respuestas de Neal a mis educadas preguntas, pensé que los relatos épicos sólo podían atribuirse a él. Cuando pasé el crédito de estos *beaux gestes* a Neal, Bill tenía aún menos a su favor y Neal empezó a cubrirse de una capa de fascinación.

Neal apenas podía controlar su agitación y Bill empezaba a inquietarse. Neal miró de Bill a mí.

—A ver, vosotros, ¿tenéis planes para esta tarde? —yo eché un vistazo pensativo a mi maqueta y Neal captó la indirecta.

—¿No puede esperar? ¿Una hora o así? Apuesto a que necesitas un poco de aire. Mira, ¿por qué no venís conmigo? Acabo de bajarme del autobús Greyhound y tengo que recoger mis cosas en la casa donde vivía antes. Después podemos ir al centro, o donde queráis.

Neal lanzó estas sugerencias rápidamente, sin detenerse a esperar una respuesta, y se dirigió a la puerta, girándose hacia mí con ojos interrogantes. Bill se levantó para seguirle.

—Vamos, Cari, coge tu abrigo.

Por encima de mi convicción de que debería quedarme en casa a trabajar, por no mencionar mi aspecto, sentía un deseo apremiante de estar con este hombre un poco más. Cogí mi abrigo.

El aire vespertino de Denver era cortante y vigorizador; el resplandor en la nieve del tardío sol de invierno nos hacía picaban en los ojos y daba más alegría que calor. Tomamos un autobús que iba en el sentido opuesto a mi trayecto diario a la universidad. Aunque yo no podía saberlo, así empezó un largo viaje en una dirección contraria a cualquier otra que yo hubiera tomado, hacia una educación de índole completamente diferente.

La menor de cinco hijos, me había criado en una pequeña ciudad universitaria en Michigan, de gloriosos veranos en un lago en el norte, al que seguimos yendo hasta la Segunda Guerra Mundial. Cuando tenía ocho años, nos mudamos a una casa cerca de Nashville, Tennessee, donde mi padre consiguió un trabajo mejor. Aunque frugal, no nos faltaba de nada, en lo material o educativo. Asistí a un colegio y a un instituto elitistas, y en pocos años papá compró y restauró una antigua plantación. Mis padres tenían estrictos valores victorianos y costumbres inglesas; el contacto físico se rechazaba

después de la infancia y daban su aprobación sin mucho entusiasmo. Mi padre era bioquímico, mi madre había sido profesora de inglés y teníamos una biblioteca de más de dos mil quinientos volúmenes. Me hice retratista y diseñadora para producciones teatrales, y estaba estudiando para obtener mi grado de Máster en la Universidad de Denver, donde también tenía un trabajo como ayudante de enseñanza.

Cuando llegamos al antiguo alojamiento de Neal, se puso a trajar por la casa, recogiendo y guardando sus pertenencias, mientras Bill y yo esperábamos en el desordenado salón. Neal tenía una manera de mirarme siempre que pasaba cerca que me desarmaba, pero no decía nada. Sus miradas y el silencio estaban generando un alarmante magnetismo que empezaba a desconcertarme. En uno de esos pases, me entregó un poema de amor escrito a máquina «por Neal Cassady». A pesar de ser incapaz de juzgar la poesía, me di cuenta de que el poema estaba escrito por alguien que sí era capaz. Mi admiración subió un punto.

Cuando Neal terminó de hacer las maletas, caminamos hasta la esquina para tomar un autobús en dirección al centro. Nuestra primera parada fue en un pequeño hotel desvencijado donde en una habitación de la segunda planta, con ropa y accesorios de mujer por todos lados, Neal dejó sus bolsas junto a una cama sin hacer. No dio ninguna explicación. A continuación, caminamos unas cuantas manzanas hasta un diminuto local de comida rápida, donde Bill y yo esperamos en la acera mientras Neal estaba dentro. A través de la entrada, que despedía un fuerte olor a cebolla, veía a Neal en una acalorada conversación con una adolescente mona que estaba detrás del mostrador. Mi curiosidad superó mis escrúpulos y le di la lata a Bill hasta que se le acabaron las excusas y soltó: «Es su mujer, LuAnne.»

¿Su *mujer*? De repente me dio un vuelco el corazón, suficiente para darme cuenta de la fuerza de la atracción que sentía por Neal. ¿Casado? Era incapaz de reconciliar la impresión que me había formado de Neal con las restricciones de la vida marital, como yo la conocía, especialmente a la tierna edad de 21 años. ¿Por qué Bill no

CAROLYN CASSADY

había mencionado un hecho tan importante como ese? Y si estaba casado, ¿por qué me miraba de una manera más bien propia de un soltero?

Ya no cabía duda en mi cabeza de que aquello había acabado. Los hombres casados estaban estrictamente prohibidos, y además me enfrentaba a otro tabú que había intentado ignorar: Neal era casi tres años más joven que yo. La tarde me pareció mucho menos soleada.

Cuando Neal se reunió de nuevo con nosotros, no mencionó su encuentro y, sonriendo ampliamente con sus dientes perfectos, sugirió que fuéramos a una tienda de música a oír discos ya que, según dijo «no tengo casa para tener mi propio fonógrafo». Bill y yo caminábamos tan rápido como yo podía, pero Neal avanzaba ágilmente delante, girándose de vez en cuando para mirarnos, trocando marcha atrás pero sin cambiar de ritmo. Gritaba comentarios y destellaba sonrisas, su pelo castaño claro se revolvía en el viento, después se giraba otra vez para caminar balanceándose calle abajo, con el abrigo ondeando. Se entretenía en observar todo y a todos a su alrededor pero no dejaba de lanzarme miradas. Yo esquivaba sus ojos.